

CARTA A UN VIEJO POETA

SANTIAGO KOVADLOFF

Hace ya tiempo que circula entre nosotros la edición facsimilar en dos volúmenes del libro *Fervor de Buenos Aires*. Uno de ellos lo reproduce tal como apareció en 1923. El otro contiene las correcciones introducidas por Borges en el año 1969. No fueron estos los primeros ni los últimos retoques estimados por Borges como indispensables. Pero ya son, qué duda cabe, los del escritor consumado.

La reedición de la obra, sesenta años después de su aparición, fue concebida y espléndidamente realizada por Alberto Casares. En su librería de la calle Suipacha tuvo lugar, el 22 de diciembre de 1993, la presentación de ese notable tributo bibliográfico que Borges no hubiera vacilado en calificar como excesivo. La carta que sigue fue leída en esa ocasión.

Querido Borges:

“Permítale a un desconocido que lo llame así. Le debo, como tantos argentinos, la emoción y aun el asombro de haberme reconciliado conmigo en muchas de sus palabras.

Hay algo que me urge decirle inicialmente. Solo los hombres como usted —y no los hombres como yo— son verdaderamente mortales. Los hombres como yo somos eternos. Nada esencial nos distingue a unos de otros y, generación tras generación, nos sucedemos asegurando, con la terca monotonía que a todo le imprime nuestra irremediable trivialidad, la subsistencia tenaz de un prototipo: el del hombre sin relieve, el del hombre ajeno a la bendición y al tormento de la singularidad. Y ello no es así porque nuestras pasiones sean mediocres sino porque es mediocre el destino que ellas corren en nuestra imaginación; como es igualmente opaco el curso que nuestra inteligencia sin fervor les abre en los días y noches que a cada cual le están asignados.

En cambio a usted, Borges, le ha tocado morir. Ha muerto porque solo está llamado a morir lo excepcional. Por eso, cuando alguien como usted nos deja —y rara vez nos deja alguien como usted—, el misterio que envuelve esa presencia tan prodigiosa como infrecuente a la que llamamos espíritu, resalta con una intensidad profunda y dolorosa.

Sé que también usted ha pensado en la inmortalidad como atributo menor, como rasgo distintivo de lo impersonal, como victoria indigna de lo auténticamente grande.

Lo grande siempre es momentáneo. Un lapsus contundente de lo usual y lo constante. Lo grande es infrecuente. Nunca una rutina. Sobreviene de pronto, alguna vez, para espanto de la costumbre, para escándalo del prejuicio, para júbilo de la auténtica sensibilidad. Lo grande es único como un verdadero amor y usted ha sido grande y por ello su muerte fue real.

Y aun así no termino de creerlo: murió Jorge Luis Borges. Su desaparición nos llena de congoja. ¿Y sabe por qué? Porque en ella adivinamos tanto la fatalidad que gobierna a lo verdaderamente vivo, como la pavorosa eternidad que nos aguarda a quienes no hemos sido como usted.

Si estuviera usted esta noche con nosotros seguramente evocaría a Heráclito, el que supo distinguir entre hombres dormidos y despiertos. A usted le tocó cargar con el imperativo de la vigilia y ser, entre nosotros, uno de esos contados hombres despiertos.

He pensado también con frecuencia que su ceguera fue la piadosa ofrenda que nos hizo el destino para que nadie entre nosotros advirtiera que por nuestras calles y por nuestro tiempo marchaba un hombre que todo lo veía.

La muerte de un hombre grande, vale decir la de un hombre singular, deja un vacío mayor que aquel que entre nosotros reinaba antes de su nacimiento. Sospecho que el motivo es simple pero no por eso menos asombroso. Si rara vez muere un hombre excepcional, su partida no puede sino sumirnos en el desasosiego y la pena de haber sido testigos de la extinción de una vida excepcional en medio de tantas vidas previsibles.

Esto hemos sido: contemporáneos de Borges. Nos fue dado saber de un escritor mayor en forma directa, diáfana, palpable.

A veces una muda emoción puede ser la forma más íntima de la gratitud. Usted, Borges, ha sido real y por usted hemos dejado nosotros de estar únicamente inscriptos en esa cruenta irrealidad que es la intrascendencia expresiva.

Releyendo en la vejez las páginas del libro cuya reedición hoy celebramos, usted se persuadió de que ellas contenían todo su futuro. Que la vida de un escritor, cuando es afortunada, constituye siempre el despliegue de una primera y radical intuición.

Si ello es así, habrá que admitir que, a medida que un autor cabal envejece como hombre, va alcanzando, como creador, una lozanía creciente,

una vitalidad expresiva que en él no se advertía en los años de juventud. De hecho, el lenguaje de *Fervor de Buenos Aires* era, en 1923, infinitamente menos borgeano que el suyo y, por eso mismo, más viejo que en 1969, fecha en la que usted decidió enmendar la versión inicial del libro. Así fue como el joven Borges, a los setenta años, salvó a su libro de los riesgos de extinción que lo amenazaban al haber sido escrito por un anciano poeta de algo más de veinte. Sin embargo ya hay un rasgo, en ese muchacho de 1923, que en usted se sostuvo para siempre. A ese rasgo lo llamaría yo su manera sustantiva de ver. Esa que ya entonces le aseguraba que, al mirar la pampa, había visto usted “el único lugar de la tierra donde puede caminar Dios a sus anchas”. A los setenta años, su fresca expresiva expurga de abusos y propuestas esclerosadas el lenguaje de aquel jovencito que, más allá de sus desmesuras, era ya el autor de sus libros. Leyéndolo, usted verifica, con indisimulada perplejidad, que ese muchacho de mano más que vacilante ya había trazado el orbe esencial donde vendrían a florecer todos sus dilemas y desasosiegos de escritor.

Un libro inicial no es, necesariamente, el primero que se publica. Bien puede ser, en cambio, aquel que, reconsiderado desde un futuro al que accedemos mucho después, revela la simiente de todo lo que luego habríamos de hacer. En usted, Borges, confluyen curiosamente el libro inicial y el primero publicado. Aquel muchacho de diáfana figura ya es el anciano reposado y ciego que tantas veces supimos contemplar en el cruce de una avenida, en el recinto de una facultad o en un café céntrico.

Que yo sepa, usted nunca se manifestó interesado en Hegel. Sin embargo, esta convicción —la de que, de algún modo, lo que habremos de ser está ya contenido en lo que somos y en lo que fuimos— hubiera complacido al pensador de la *Lógica*.

Contradicciones sucesivas e incontables jalonan, con su despliegue sin pausa, el cumplimiento de un destino que solo accede a revelarse como tal una vez consumado. También esto lo supo usted. Puedo por eso suponer su honda conmoción de anciano al descubrir en los versos de *Fervor de Buenos Aires* que aquel lenguaje con frecuencia ampuloso no ahogaba los acentos decisivos del hombre que logró hacer de Borges nuestro escritor.

Haber sido uno una única vez. Tal el misterio mayor y la máxima epifanía en la que, seguramente, su agnosticismo muchas veces se deleitó.

Nos hemos reunido aquí, Borges, entre los incontables libros de Alberto Casares, su editor artesano, más que para rendirle homenaje, cosa que a usted le hubiera resultado un despropósito, para compartir una emoción que

seguramente fue suya: la de que hubiese habido aquel muchacho que escribió *Fervor de Buenos Aires*. Sepa usted que a ese chico lo queremos también nosotros. Él está en nuestro corazón y en la mira de nuestra gratitud porque, con las líneas trémulas y súbitamente luminosas que trazó hacia 1923, rozaba ya, con extraña sabiduría, el enigmático fondo de nuestra identidad.

Usted sugirió alguna vez, irónico como siempre lo ha sido al hablar de su presunta identidad, que su vida había estado “desgraciadamente” – el adverbio es suyo – más cerca de la santidad que del pecado. Sabemos que no fue así, pero la sonrisa que entonces nos arrancó probó que si el pecado no lo contaba entre los suyos cabalmente, sí podía hacerlo la genialidad, ese atributo inusual que nadie sensato puede adjudicarse sin caer en el ridículo o ampararse en la soberbia pero que otros, nosotros en este caso, reconocemos en usted no solo con admiración sino también con gratitud.

Permítame acoplarme al juego que usted propuso con esa presunta definición y hacerle saber, como si lo ignorara, por qué no fue usted un santo.

El santo, para serlo, debe desempeñarse como tal a tiempo completo. No hay santidad ocasional, no hay santos que procedan como tales en forma esporádica.

El del genio, en cambio, es un don que se expresa en forma discontinua. Tan menguante como súbitamente floreciente, relumbra por un instante y luego se apaga. Hay horas iluminadas: usted las tuvo. Y otras en que el genio se extingue y también las tuvo usted. No hay vidas geniales. El dogma en su intransigencia quiere, en cambio, que todas lo sean cuando se trata de santidad.

La genialidad, en suma, es un don en el que no se agota la idiosincrasia de nadie que cuente con él, aun cuando pueda llegar a ser su atributo distintivo. Es, muchas veces, compatible con las peores bajezas y la ética, en tales casos, poco y nada puede hacer para evitarlo.

El genio no es un atributo moral, como se ve, sino un don creador superlativo cuyos frutos pueden trastornar la comprensión de la vida, empezando por la nuestra y culminando en lo social.

Déjeme recordarle algo que me lleva a conclusiones que, estoy seguro, va a considerar exageradas. Hay un antes y un después de Aristóteles; un antes y un después de Galileo Galilei. Hay un antes y un después de Mozart y de Sigmund Freud. Y hay, créame, un antes y un después de usted, Borges.

Hemos sido contemporáneos suyos como otros lo han sido de Sófocles y Dante, de Shakespeare y de Kant, de Goethe y de Camões.

Oscuramente presentimos que en su palabra, Borges, algo perdurará de lo que fuimos. Que en ella encuentra albergue y sustento lo que en la nuestra no fue más que efervescencia y vana compulsión.

¿Quién no reconoce en su acento nuestro acento? ¿En sus calles evocadas, nuestras calles? ¿En su idioma, el esplendor de un castellano que aprendimos a hacer nuestro? Su obra ha hecho de Buenos Aires una metáfora más de lo universal.

Sí, Borges, usted ocurrió entre nosotros. Hubo aquí un hombre llamado Jorge Luis Borges. Un hombre que, como tantas veces dijo usted, nunca supo quién era. Nosotros, en cambio, bien sabemos que por obra de su genio usted fue por todos nosotros.”

EL MAR

ANTES que el sueño (o el terror) tejiera
Mitologías y cosmogonías,
Antes que el tiempo se acuñara en días,
El mar, el siempre mar, ya estaba y era.
¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento
Y antiguo ser que roe los pilares
De la tierra y es uno y muchos mares
Y abismo y resplandor y azar y viento?
Quien lo mira lo ve por vez primera,
Siempre. Con el asombro que las cosas
Elementales dejan, las hermosas
Tardes, la luna, el fuego de una hoguera.
¿Quién es el mar, quién soy? Lo sabré el día
Ulterior que sucede a la agonía.

ARTE POÉTICA

MIRAR el río hecho de tiempo y agua
Y recordar que el tiempo es otro río,
Saber que nos perdemos como el río
Y que los rostros pasan como el agua.

Sentir que la vigilia es otro sueño
Que sueña no soñar y que la muerte
Que teme nuestra carne es esa muerte
De cada noche, que se llama sueño.

Ver en el día o en el año un símbolo
De los días del hombre y de sus años,
Convertir el ultraje de los años
En una música, un rumor y un símbolo,

Ver en la muerte el sueño, en el ocaso
Un triste oro, tal es la poesía
Que es inmortal y pobre. La poesía
Vuelve como la aurora y el ocaso.

A veces en las tardes una cara
Nos mira desde el fondo de un espejo;
El arte debe ser como ese espejo
Que nos revela nuestra propia cara.

Cuentan que Ulises, harto de prodigios,
Lloró de amor al divisar su Itaca
Verde y humilde. El arte es esa Itaca
De verde eternidad, no de prodigios.

También es como el río interminable
Que pasa y queda y es cristal de un mismo
Heráclito inconstante, que es el mismo
Y es otro, como el río interminable.

A JOHANNES BRAHMS

YO QUE SOY un intruso en los jardines
que has prodigado a la plural memoria
del porvenir, quise cantar la gloria
que hacia el azul erigen tus violines.
He desistido ahora. Para honrarte
no basta esa miseria que la gente
suele apodar con vacuidad el arte.
Quien te honrare ha de ser claro y valiente.
Soy un cobarde. Soy un triste. Nada
podrá justificar esta osadía
de cantar la magnífica alegría
—fuego y cristal— de tu alma enamorada.
Mi servidumbre es la palabra impura,
vástago de un concepto y de un sonido;
ni símbolo, ni espejo, ni gemido,
tuyo es el río que huye y que perdura.